



REFLEXIONES
DE CINCO JÓVENES

Tomás Pérez Gaya

REFLEXIONES
DE CINCO JÓVENES



Primera edición: abril de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tomás Pérez Gaya

ISBN: 979-13-87612-94-8

ISBN digital: 979-13-87612-95-5

Depósito legal: M-8591-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

—Buenos días, muchacho.

Saúl, al alba, mientras se dirigía hacia la escuela-instituto, caminaba con la cabeza gacha por la estrecha acera de la bolera. El adolescente escuchó un saludo articulado con energía y a la vez afecto sincero, el cual procedía de detrás de un camión de reparto de cervezas que se encontraba detenido a un lado de la calzada. Aquel saludo llamó su atención, pues andaba distraído, herméticamente encerrado en sus pensamientos. Saúl, enseguida, levantó la mirada del suelo y buscó el origen de aquellas palabras, al reconocer la voz masculina de quien las había pronunciado.

—Muy buenos días, Miguel... —respondió el chico, arrastrando con pereza cada palabra de aquella escueta oración, al cruzar su mirada con la de un simpático hombre joven que se encontraba medio escondido tras el aparatoso vehículo. Devolvió el saludo en aranés, en la misma lengua con la que Miguel Prieto se había dirigido a él, mientras avanzaba sin disminuir el ritmo de su marcha—. Qué, ¿hoy tienes mucho trabajo?

—Ya lo ves... —le dirigió aquel conocido con su característica alegría, al mismo tiempo que extraía unas cajas de botellas de cerveza del camión y las apilaba con rapidez sobre una carretilla—. Como cada día, la verdad sea dicha.

—Que te sea leve —dijo el serio muchacho.

Él se despidió con la mano y se alejó de Miguel, a la vez que se aproximaba cada vez más al instituto. Pero...

«Aseguraría que ese trasero es el de la madre de Marta...», pensó el joven al ver agachada a una mujer. Ella recogía el pan que al parecer se le había desparramado por el suelo.

—Hola, Saúl. ¿Te diriges hacia la escuela? —preguntó la mujer, en lengua catalana, mientras se enderezaba y miraba al chico.

—Sí, señora. Buenos días... Veo que no ha tenido mucha suerte con el pan —respondió el adolescente.

—Bueno... Por fortuna esto no suele suceder muy a menudo —confesó ella enseñando los dientes que le faltaban al sonreír.

Inmediatamente después, a la señora se le resbalaron las dos barras de pan de las manos y aquellas cayeron al suelo, tras haber hecho malabarismos con los brazos para procurar impedirlo. Algunos pequeños pedazos llegaron hasta los pies de Saúl. Estos se movían con energía al caminar.

—¡Sarai! —gritó Marta, con euforia, mientras salía precipitada hacia la calle atravesando el portal de su bloque de pisos—. ¡Por fin llegó el día tan esperado!

Sarai la recibía con los brazos extendidos y bien dispuesta a abrazarla, tan deseosa como su compañera de estudios por llegar a la escuela-instituto.

—Marta, buenos días... —dijo la muchacha con un ánimo más sosegado que el de su mejor amiga.

—Tengo tantas ganas de ver a Noemí, a Sonia, a Jeanne... ¡Hace tanto tiempo que no hablamos con ellas!

—Desde que terminamos el curso pasado... Intuyo que hoy, como primer día académico del último curso de bachillerato, será fantástico puesto que nos las volveremos a encontrar en la clase.

—¡Estoy tan ilusionada...! —se sinceró Marta al mismo tiempo que dejaban de abrazarse las dos adolescentes.

—Lo sé, Marta, lo sé... ¡Oye! ¡Mira a Marc! —Sarai dirigió su atención hacia un joven atractivo que caminaba hacia el recinto de la escuela-instituto. Él andaba a buen paso, por el otro lado de la

avenida que separaba el edificio ante el que se encontraban ambas jovencitas del cuartel militar, el cual se situaba justo enfrente—. ¡Qué bronceado estás! ¡Mira cómo le ha crecido el pelo en tan poco tiempo...! ¡Está guapísimo!

—No es para tanto, Sarai... —decía su compañera sin entusias-
marse demasiado.

—¡Ah! ¡Lo siento! ¡Había olvidado que...!

—¡Vamos rápido a ver a las demás...! ¡Corre! —Marta agarró a Sarai de la mano y tiró con fuerza de ella para arrastrarla tras de sí.

—¡Mec! ¡Mec! —apenas dieron dos pasos estas muchachas sobre la acera las sorprendió el claxon de un coche. Este aminoraba su velocidad y circulaba lentamente, a escasos metros de ellas.

—¡Es Sonia! —Marta estalló en júbilo al ver a su amiga sonreír-
las asomada por la ventanilla del copiloto de un viejo escarabajo.

—¡Chicas! —esta otra joven también se alegró mucho de verlas.

Las dos se acercaron hasta el coche para saludarla.

—¡Qué guapa estás! ¿Qué te has hecho en el pelo? —se intere-
saba Sarai.

—Me lo he alisado totalmente —respondió Sonia con una gran
sonrisa.

Asió su cabello suavemente y se lo mostró a las dos muchachas
con mucha delicadeza.

—¡Estás morenísima! —exclamó Marta muy sorprendida.

—Gracias a las vacaciones en el camping junto a la playa. ¡Han
resultado ser inolvidables! —respondió de nuevo la jovencita sin
poder contener su energía y su entusiasmo.

—¡Mec! ¡Mec! ¡Mec! —uno de los vehículos detenidos detrás
de ellas llamó la atención con la intención de que se apresurasen.
Se trataba de una furgoneta cuyo conductor parecía algo irritado.

—Chicas, tenemos que irnos —articuló sosegadamente la ma-
dre de Sonia al volante de aquel clásico modelo alemán.

—¡Nos veremos en la clase en unos minutos, Sonia! —Sarai se
despidió sin desearlo hacer y las dos amigas se separaron del vehí-
culo al acelerar este su marcha.

—¡Hasta luego, chicas! —Sonia también se apresuró a despedirse. Con alegría, como tenía por costumbre.

—¡Hasta ahora! —exclamó Marta, en voz alta puesto que el vehículo se distanciaba de ellas.

En aquel preciso momento, la madre de Marta cruzaba la calle de regreso a su casa, a cortos pero rápidos pasos. La mujer se encontraba a escasos metros de las dos jóvenes, sosteniendo sus barras de pan recién compradas y de aspecto enrarecido.

—Que os vaya bien vuestro primer día de escuela —dirigió ella a las muchachas con una simpatía muy natural.

—¡Hasta luego, mamá! —se despidió Marta sin dejar de caminar.

—¡Oye! ¿Qué tipo de pan compra tu madre...? —susurró Sarai, en voz muy baja, al ver las dos barras que llevaba la señora, rotas y medio partidas, bajo el brazo—. ¡Buenos días! —la adolescente saludó a la mujer, muy extrañada.

—¡Buenos días...! —de nuevo cayó el pan al suelo y se terminó de desmenuzar.

—¡Ahora empiezo a comprender...! —exclamó Sarai disimuladamente.

Ambas muchachas rieron con muchísima complicidad, procurando que la mujer no se percatase, a la vez que caminaban con entusiasmo por la avenida Pas d'Arró.

—Corre, Joel... Corre, Joel... Apresúrate, Joel —el joven Joel era aligerado por su madre en la cocina de su casa—. Llegarás tarde el primer día... ¿Es eso lo que quieres?

—¡Vale, mamá, es suficiente! Dame el almuerzo, por favor...

—¿Vas a llegar tarde y te preocupas por el almuerzo, cuando tienes el instituto al lado de casa y puedes acercarte para recogerlo durante el recreo? —se enfadaba la mujer—. Ayer por la noche volviste a hacerlo, ¿no es así?

—Mamá... Me encontraba mal y lo necesité —respondió un Joel apesadumbrado.

—Toma tu almuerzo. Pero estoy segura de que tendrías de sobras para todo el día de hoy con lo que ayer noche engulliste por tus supuestos brotes de ansiedad... —ella entregó al joven estudiante una bolsa con fruta y un bocadillo.

Él recogió el desayuno bajo la mirada de enfado de su madre y lo metió en su mochila mientras se despedía desanimado.

El muchacho se apresuró a salir de su casa. Bajó los peldaños de la escalera de piedra de la entrada deslizándose una mano sobre un grueso pasamanos de madera barnizada. Le agradaba aquella sensación al resultarle muy suave al tacto.

—¡Sarai! ¡Marta! ¡Noemí...! ¡Chicas! ¿Cómo estáis todas? —Jeanne saludó muy emocionada a sus amigas al entrar en la clase y encontrárselas allí.

De cierto que las estudiantes no se veían desde hacía tres meses, todo el periodo vacacional. Las muchachas se mostraban muy alegres y se abrazaban con cierta ansia, mientras alborotaban el ambiente con sus espontáneos saludos y se explicaban un sinfín de anécdotas divertidas.

—Dídac, ¿cómo estás? —saludó el atractivo Marc, contentísimo de ver de nuevo a su amigo.

Estos muchachos también se encontraban en el interior de aquella ruidosa clase.

—Bien... Muy bien —los dos se estrecharon la mano fuertemente, con mucha amistad—. ¿Cómo han ido las vacaciones?

—Lo peor de todo es que han tenido final —ambos sonrieron.

—¡Detente ya de hacer el idiota, Esteban! —Manel reprendía a un delgado y larguirucho joven que no cesaba de hacer ruido en el oído de sus compañeros. El alto muchacho gritaba por un tubo hecho con unas grandes cartulinas de colores que había encontrado sobre la mesa de los maestros.

—¡Hombre, Manel...! No te había visto antes —dijo Marc.

—Qué tal... —le dirigió este último a su viejo amigo, un tanto agobiado por la bromita de mal gusto de Esteban—. ¡Qué chaval

más pesado! —gritó de nuevo y a la vez que apartaba bruscamente el tubo de cartulinas de su oído y miraba al gigantón con enfado—. ¿Por qué no has repetido? ¡Me hubieses hecho un favor!

—¿Cómo va a repetir un chico listo como yo? —contestó el jovenzuelo gustoso de molestar a su compañero mientras se dirigía hacia otro grupo de estudiantes.

—Estoy bien, Manel... En cierto modo estaba deseoso por empezar el curso para veros —dijo Marc con franqueza.

—Yo también —confesó Manel—. Tuve que recuperar cuatro asignaturas durante el verano, pero nos volvemos a ver este curso y en la misma clase.

—Así lo prefiero —afirmó su interlocutor rotundamente—. Me gusta estar con los amigos de siempre. Además... yo también tuve que recuperar alguna asignatura... —los dos chicos rieron al parecerles divertido.

—Te ha crecido mucho el pelo —añadió Manel.

—Sí. La verdad es que pretendo dejármelo bien largo —ambos se sonrieron.

—¡Esteban! —se escuchó a Sarai en medio de aquel escándalo juvenil, enfurecida y hastiada del juego de su compañero de clase.

—¡Chicos, lleváoslo de aquí, por favor! —exclamó Marta también harta de las bromas de mal gusto de aquel muchacho, mientras se repeinaba su largo cabello con las manos porque el gigantón de Esteban se lo había alborotado.

Jeanne, Sonia y Silvia reían mientras la pequeña Noemí empujaba al alto adolescente hacia los chicos con mucho genio.

—¡Vaya! ¡Qué guapa está Sarai! —les dijo Manel, muy sorprendido, a sus amigos, sin levantar mucho la voz para que aquella mujercita no le escuchase.

Joel había entrado en la clase escasos segundos antes y había reparado en la conversación que mantenían los estudiantes.

—Mirad a todo ese grupo de chicas y decidme cuál de ellas no es atractiva —dirigió a todos, este último, mientras dejaba su mochila y su desayuno sobre uno de los pupitres y se acercaba a sus compañeros.

Todos sonrieron.

—Esperemos que no se las lleven los guaperas de la otra clase —añadió Dídac de muy buen humor.

—Les sacaremos los dientes así... —dijo Marc de una manera francamente divertida, mostrando su dentadura como lo haría un perro rabioso.

Los demás chicos rieron. Por otro lado, las chicas les observaban sonrientes y ellos se fijaban en ellas muy animados porque los miraban.

Entre todo aquel alboroto entró el barbudo tutor de la clase. Este profesor se dirigió a su mesa y se sentó con tranquilidad, mientras miraba a los alumnos ir de un lado para otro y hablar animados y alegres, con sus bromas, risas y gritos. Tras ordenar unos papeles que llevaba consigo, esperó un momento a que se hiciese la calma, aunque nadie le había visto entrar. De esta manera, aquel jaleo, provocado por la ilusión y la euforia de volverse a ver los viejos amigos, continuaba sin parecer querer disminuir.

El maestro los observaba tranquilo, apoyado su codo en la mesa y el mentón en su pulgar, con su índice y medio sobre los labios, quieto y en espera de silencio.

—¡Ya basta! —exclamó el profesor en voz muy alta al ver que sus alumnos ni se daban cuenta de que él ya estaba presente y que la primera clase de aquel curso debía comenzar.

De repente se hizo el silencio. Todos los estudiantes miraron a su tutor con respeto y cierto temor y se dirigieron a sus pupitres deprisa para no hacer enfadar al que ya habían clasificado en cursos pasados como «profesor altamente alterable». Tan solo se escuchaban los apresurados pasos de los muchachos y las sillas que se deslizaban en el suelo al acomodarse todos en ellas.

CAPÍTULO 1

En aquel tiempo, a principios de otoño, se podía disfrutar de hermosas vistas en el entorno natural de Viella, el valle de Arán. Esto era debido a que rodeaban al pequeño municipio pirenaico prados y espesos bosques empinados de diferentes árboles, de hojas que se tornaban de variadísimos colores exclusivamente durante aquella estación. Entre los árboles destacaban los avellanos, las hayas y los abetos. Entonces, en conjunto, estos formaban un mosaico colorido de tonalidades que se combinaban desde el marrón hasta el verde, pasando por amarillos, variados naranjas, tonos rojizos... Allí estaban representados prácticamente todos los colores, si bien el blanco la naturaleza se lo guardaba para pintarlo todo durante la estación más fría.

Sobre las distantes cumbres de algunas de las montañas más altas, se apreciaban grandísimas extensiones de prados pincelados de árboles solitarios o dispuestos en pequeñas agrupaciones. Más abajo altos abetos y en sus faldas, árboles y arbustos de diferentes especies que lo cubrían todo abundantemente. Otras montañas de menor altitud estaban totalmente arboladas de arriba abajo.

A lo lejos, se apreciaban siempre las montañas de Baqueira, las cuales, junto a Beret, atraían el turismo invernal debido a las extensas pistas de esquí que poseían. Aunque los visitantes no se limitaban a la temporada de nieve, sino que a lo largo de todo el año disfrutaban de innumerables actividades en la hermosa y saludable naturaleza. Creo no exagerar, la belleza que poseía el valle de Arán y sus proximidades difícilmente podía ser superada por otros

lugares del Pirineo catalán. Y tanta belleza poseía, que asombraba a los nuevos visitantes y no mantenía en la indiferencia a los moradores de siempre.

En efecto, principalmente catalanes, pero también un gran número de franceses por su relativa proximidad, sin olvidarse de las relevantes personalidades de la nación de España que se acercaban hasta el lugar, eran los que aprovechaban sus días de reposo para aventurarse por los muchísimos senderos que se entretejían cruzándose en todo aquel espacio de vibrante naturaleza. Estos abundaban en las montañas próximas de renombre, como el Montcorvisón, el Mulleres, el Mauverme, el Montardo y otras, el San Mauricio cercano y el circo de Colomers. Los aventureros disfrutaban de largas jornadas a pie, en bicicleta, a caballo, o de excursiones motorizadas hasta lugares paradisíacos de cascadas, riachuelos, lagos, refugios y paredes escarpadas, aptas, algunas de ellas, para ser trepadas por los ávidos escaladores. ¿Y por qué no...? Incluso uno podía atreverse a surcar el cielo facilitado por alguno de los ingenios humanos que lo hacían posible.

Viella estaba atravesada por dos ríos, el Nere y el Garona. El primero discurría perpendicular a la avenida principal de la ciudad, Pas d'Arró, la cual lo cruzaba gracias a un puente. Este puente tenía a un lado la plaza Espanha, junto a la que estaban el ayuntamiento y correos. Al otro lado se encontraba la plaza Sant Antoni. Sobre él se escuchaba el fuerte estrépito de las aguas que golpeaban con vigor las grandes piedras erosionadas por su acción, las cuales se encontraban en el seno de todo el río. El cauce del segundo río, el Garona, pasaba paralelo a la avenida Pas d'Arró.

A ambos lados de la calle principal y a lo largo de casi toda ella, se hallaban boutiques y tiendas de artículos de deporte, de montaña y de aventura, así como de recuerdos y de bellas postales. Además, allí se emplazaba algún que otro hotel, cafés y bares, muy acogedores cuando se ocultaba el sol tras las montañas y se descubría el frescor del atardecer. En la avenida también se encontraban decenas de fachadas de algunas de las viviendas de los que moraban allí. A un

lado, a la izquierda si se accedía al municipio por el parador, se ubicaba el hospital, algo separado de la calle principal, en una pequeña callecita que partía de ella, la calle Espitau. Y un poco más adelante, el cuartel militar, de construcción similar al resto de los edificios, el cual, aunque no era muy grande, ocupaba una amplia área de Viella. Más alejada, al final de la ciudad, encontrábamos la escuela-instituto, la cual albergaba a los estudiantes de primaria y de secundaria.

A la derecha destacaba la plaza de España, Espanha en aranés, también la plaza de la iglesia, esta última a un nivel algo superior al de la avenida, donde se disponía la antiquísima iglesia de Sant Miquèu. A este lado también quedaba el bello casco antiguo, dispuesto a lo largo del río Nere y limitado por la montaña.

Pas d'Arró se unía a la carretera que llegaba hasta Baqueira, tras atravesar y dejar atrás distintos municipios como Betrén, Escunhau, Casarilh, Garós, Arties, Salardú, Tredós... En este sentido de la marcha iba aumentando la altitud, por eso aquella parte del valle recibía el nombre de alto Arán. Allí, en Baqueira, la serpenteante carretera se bifurcaba hacia Beret o hacia el puerto de la Bonaigua.

Muchas de las casas antiguas de Viella estaban fabricadas de madera y piedra, mientras que otras, más modernas, combinaban los materiales más vanguardistas con el aspecto tradicional de un pueblo pirenaico. Tanto las casas como los edificios tenían los tejados empinados, para que la nieve no se acumulase en exceso y por su peso hiciese peligrar la integridad tanto del techo como de los inquilinos que bajo él habitaban.

El cielo estaba conquistado por un ejército de aquellos tejados de pizarra negra decorados con ventanas que sobresalían de ellos y de altas chimeneas, algunas de ellas encendidas para caldear el interior de las viviendas o, caprichosamente, tostar las piezas cazadas o compradas por los que tenían el paladar más exquisito.

Entonces había un gran número de nuevas construcciones, ya que el valle crecía en habitantes y por lo tanto se levantaban edificios en los distintos pequeños municipios que lo formaban, de modo que Viella también se veía afectada.

Aquel día llovía intermitentemente, como de costumbre, gotas finas pero abundantes. Quizás este era el secreto de la belleza verde de aquel lugar.

Era muy probable que, al otro lado del largo túnel, de unos cinco kilómetros de longitud y que facilitaba el acceso al valle por el sur, resplandeciese el sol. Quizás hiciese buen tiempo, quizás no tan bueno; en el valle casi siempre era distinto al de afuera, peculiar, aranes, era su carácter... ¡Pero, cómo se disfrutaban los días soleados, que no eran pocos!

Se apreciaba el fresco, aunque la costumbre permitía vestir en manga corta puesto que uno se fortalecía. Al atardecer habría que abrigarse y por la noche es posible que hiciese un frío tremendo.

En aquel preciso momento, a primera hora de la mañana, muchos araneses se dirigían hacia sus respectivos trabajos, ya fuese en coche, en autobús o a pie, si se encontraban aquellos cercanos a sus viviendas. Algunos hombres y mujeres llevaban a sus pequeños hacia la escuela, en muchas ocasiones sin quedarles más remedio que enfadarse con ellos. Los jóvenes caminaban hacia el instituto, aún con el pelo mojado, recién peinado y cara de sueño. Estos ya habían iniciado el nuevo curso y ya se les había agotado la ilusión del comienzo, la ilusión de ver de nuevo a los amigos de tantos años, la ilusión de contar las nuevas experiencias vividas durante el verano. Comenzó el duro trabajo de los que anhelaban labrarse un futuro y los alumnos del último curso se jugaban el acceso a la universidad, de modo que, los más conscientes, se esforzaban entregados por completo al estudio.

La escuela-instituto, situada a un lado de la avenida principal del municipio, tenía tras ella el río Garona. Detrás de este, se ubicaba una enorme montaña cubierta de un espeso bosque de coníferas con un repetidor en la llamada Sierra de Estanho. Algo más alejado se encontraba el conocido como Bonh de Garòs, de 2173 metros de altitud. Si uno se aventuraba a ascender este pico por la cara que daba a la ciudad, sin seguir ningún camino, llegaba a paredes tan empinadas que, al mirar hacia abajo, tenía la sensación de que

iba a caer rodando sin poder detenerse hasta llegar a lo más bajo del valle.

A la derecha, si uno se situaba frente a la escuela-instituto y mirando hacia ella, existía un gran complejo de viviendas en el que estaba situada la bolera y algunos disco-bares. A la izquierda se ubicaba un barrio dormitorio y un poco más lejos las casas de los mandos del cuartel militar, este último inmediatamente situado junto a aquellas.

La escuela-instituto estaba provista de un gran patio con un campo de fútbol de tierra, uno de baloncesto y otro de fútbol sala. Los dos últimos tenían el piso de hormigón y se emplazaban junto al gran edificio de seis plantas que constituía el instituto y la escuela. Aquel no era sino un gran inmueble cuya fachada estaba dotada de muchísimas ventanas y tenía las banderas del municipio, de la comunidad autónoma y de la nación sobre la puerta que se abría al patio. En este último se entretenían con sus juegos los niños y adolescentes y se paseaban algunos alumnos mientras se explicaban anécdotas y se comentaban las cosas de la vida.

Allí estaba Joel. El muchacho reía tras haber bromeado con uno de sus chistes que, como tantas otras veces, no había hecho ni pizca de gracia a ninguno de sus compañeros. El joven Manel, ausente en sus pensamientos, miraba a Sarai cautivado por su belleza, sin hacer caso de lo que sucedía a su alrededor y todavía menos del chiste pésimo con el que Joel pretendía animar aquella mañana. Animarla porque los estudiantes no cesaban de pensar en el trabajo que la señora Bosch, la profesora de biología, les había encomendado para poder aprobar su asignatura.

Aquel trabajo se trataba de un tema libre bien desarrollado y presentado, de los muchos que aquella amplia asignatura ofrecía, de un mínimo de ochenta páginas. Nadie quería trabajar en él, aunque todos se veían obligados a participar de manera activa en grupos elegidos al azar por la misma profesora.

Dídac supo encontrar la combinación de palabras que rompieron aquel espíritu apagado que atormentaba a los muchachos. In-

cluso hizo saltar las lágrimas de Marc y logró apartar la mirada de Manel de la hermosa Sarai. Esta última leía, junto a Marta y Sonia, con muchísimo interés, una carta de amor que había recibido de un admirador secreto. Entre las tres jovencitas trataban de averiguar la identidad del admirador, por medio de la letra y la expresión, si bien les resultaba imposible.

La sirena anunció el fin del tiempo del recreo y los jóvenes se dirigieron tranquilamente hacia sus respectivas clases, mientras los más pequeños corrían para ser los primeros de la fila, como si de un gran logro se tratase.

En las plantas superiores de la escuela-instituto estaban las aulas de los últimos cursos, con la clase de segundo de bachillerato A orientada hacia el patio.

Esta última era de forma rectangular, de mediano tamaño y pintada de blanco. Disponía de dos amplias ventanas que permitían ver el patio y un complejo de viviendas junto a la bolera. A la derecha se observaba la carretera y las montañas que estaban a continuación, tras una explanada arbolada y de campos de cultivo que se inclinaba y se unía a ellas formando el bosque de Betrén. A la izquierda, muy cercano a la escuela-instituto, se hallaban el río Garona y la gran montaña del repetidor.

La puerta, en la pared opuesta a la de las ventanas, se abría hacia la clase. Aquella permitía al que entraba encontrarse con la gran mesa de madera de cerezo del profesor y al abrirla completamente con los pupitres de los alumnos. Detrás de la mesa del profesor, apoyado en la pared, estaba arrinconado el armario donde se guardaba el material de estudio. Aquel era del mismo color que la mesa, de dos hojas, con una cerradura dorada y dos pequeños tiradores de madera simétricamente situados en su centro. Junto al armario, en la pared en la que este se situaba, se ubicaba una amplia pizarra negra, con un borrador y una pequeña caja de tizas, rotas y usadas, de varios colores, en su estrecha repisa. Anclado en ella, se encontraba un mapa del mundo desplegado, colocado por el profesor de historia. Él se había adelantado a la clase para realizar algunos preparativos.

Dispuestos en tres filas y de dos en dos, estaban los cuarenta pupitres de los alumnos que casi llegaban al fondo del aula, cinco desocupados, de color pino y a juego con sus respectivas sillas. Del muro posterior, colgaba un gran tablero de corcho con varios anuncios de actividades escolares y algunas listas. En este muro también se encontraban los percheros para los abrigos. Como último detalle, las paredes de la clase estaban empapeladas de posters de naturaleza y de diversos mapas, muchos de los cuales debían ser extraídos los días de exámenes para que nadie copiase de ellos.

Después de entrar, los alumnos se sentaron en sus pupitres y comenzó la clase. Todos atendían, excepto el gigantón de Esteban. El joven larguirucho no se sentía nada atraído por la historia contemporánea. Él pretendía estudiar ingeniería eléctrica y dedicar su tiempo y esfuerzo a llevar la empresa de su padre. Se trataba de un chico francamente brillante, aunque su atención era exclusiva para las matemáticas, el dibujo y la física, asignaturas en las que sobresalía. No obstante, sacaba notas bastante justas en el resto de materias, en cuyas clases se aburría y se entretenía distrayendo a sus compañeros. Manel era su víctima preferida, puesto que se encontraba sentado junto a él.

—Déjame, Esteban, quiero atender. Después de lo que tuve que apretar el año pasado para sacar el curso a última hora decidí tomarme este con seriedad. Luego ya hablaremos.

—¡Eres un tonto agobiado por los estudios! —exclamó Esteban en voz baja mientras sacaba de su mochila su consola para echar unas partidas.

—Poco me importa lo que pienses. Nos jugamos mucho este año y deberías pensar bien lo que haces.

Esteban no escuchaba los consejos de su compañero y continuaba con su juego, mientras Joan Martel no cesaba de dar sus explicaciones.

Joan Martel era el profesor de historia, un buen maestro que dominaba muy bien su terreno. Explicaba de tal manera sus clases que captaba la atención de los alumnos, aunque aún no lo había

logrado con Esteban García, el aspirante a ingeniero. Todos se preguntaban si aquel joven profesor era descendiente de Carlos Martel, el rey carolingio que impidió la entrada de los musulmanes en Francia, aunque nadie se había atrevido nunca a preguntarle acerca del tema.

Este profesor era de complexión alta y muy delgado, o sea asténico, como llaman los doctores. Afirmaba que era vegano, si bien más de un alumno aseguraba haberle visto en el restaurante del padre de un muchacho que repetía curso aquel año. Decían, las malas lenguas, que le habían sorprendido en este lugar, más de una vez, comiendo alguna que otra cosa fuera de los principios de la dieta vegana, como churrasco argentino o estofado. A Joan Martel le gustaba vestir bien, aunque nunca se había puesto una corbata e iba siempre con gomina en el pelo y bien peinado. Siempre olvidaba limpiarse los zapatos, de manera que se advertía en ellos el polvo que les mataba el brillo. Movía enérgicamente los brazos y los aprovechaba para expresarse mediante señas, trazando figuras en el aire. A las chicas les hacía gracia y en muchas ocasiones bromeaban sobre si les gustaba o no.

Era un hombre joven y agradable. Se llevaba muy bien con sus alumnos y conectaba con todos menos con Saúl, quien por rebeldía simpatizaba exageradamente con los musulmanes y tras conocer la historia se negaba a tratarse con cualquiera que perteneciese a la saga Martel. Saúl siempre decía que el resto de alumnos eran unos pelotas que buscaban llevarse bien y conectar con el profesor para ganar algún punto que les facilitase aprobar o subir nota. Todos sus compañeros se enfadaban con él cuando comentaba esto, puesto que las dos únicas razones por las que lo hacían no eran sino para amenizar el curso y para no dificultarlo con problemas de relación entre ellos y el profesor.

Saúl era un joven atractivo, moreno de cabello y de tez muy blanca. Al muchacho le gustaba dejarse las patillas largas, aunque todavía no le salían con fuerza y por temporadas no cesaba de afeitárselas una o dos veces al día para que, según él mismo decía, sur-

giesen con mayor grosor. Tenía los ojos de color verde claro, muy brillantes; delataban la energía interior que poseía. Solía ir alguna que otra vez, tras las clases, al gimnasio con sus amigos, de manera que su complexión era algo fuerte y se le marcaba una amplia espalda que aún era más destacada por los jerséis apretados que solía vestir. Sus notas estaban bien, aunque sus hábitos y actividades no le permitían estudiar mucho y rozaba la media de la clase. Tenía recursos para todo, puesto que su padre era uno de los mayores accionistas de la estación de esquí de Baqueira-Beret y esto le hacía un joven muy privilegiado y consentido en el valle. Siempre iba de un lugar a otro con su moto y le gustaba frecuentar disco-bares, a los que, a pesar de su juventud, podía entrar sin ningún tipo de problema.

Los abuelos del joven eran de Asturias y llegaron a Viella después de pasar un tiempo en Girona, siendo muy jóvenes, recién casados, sin dinero y sin recursos. Lo pasaron bastante mal durante algún tiempo, pero lograron encontrar trabajo y situarse en el valle de Arán. El abuelo trabajó como fontanero-electricista en uno de los hoteles de Baqueira y la abuela como mujer de limpieza en el mismo lugar. Sus hijos fueron muy concienciados por el origen humilde de sus progenitores y estudiaron provechosamente, logrando situarse en posiciones de cierto prestigio. El padre de Saúl se inclinó hacia los estudios de empresariales y tras años de lucha logró el lugar que en aquel momento disfrutaba. Esto hacía que el muchacho fuese un tanto pasota y despreocupado. Él todo lo tenía, incluso el futuro resuelto y a raíz de eso poseía una personalidad muy definida. Llegaba a ser admirado por muchos de los alumnos de los cursos inferiores, algunos de los cuales le tomaban como ejemplo y le imitaban y trataban de ganar su amistad.

Saúl siempre vestía con ropa de última moda y de marcas caras, de igual modo que las zapatillas que calzaba. Era un tanto áspero de carácter y no sabía estar con aquellos que se negaban a hacer lo que él quería, cosa que lograba con los menores, pero no conseguía, de ninguna de las maneras, con los de su edad. Con estos

generalmente solo tenía enfrentamientos y pocas veces lograba estar en armonía.

Al jovenzuelo le encantaban los días soleados, porque de este modo podía pilotar su moto sin temor a pasar frío, resbalarse o mojarse por las precipitaciones frecuentes de Arán. Aquel día estaba insoportable porque había quedado para subir con sus amigos a Beret pero llovía. Por costumbre, al que llegaba primero le condecoraban de tal manera que no pagaba ninguna de las partidas de fútbol ni de billar en cualquiera de los bares más frecuentados por la banda.

Se lo pasaban bien de esta forma, aunque sus padres les advertían que debían estudiar o llegarían a arrepentirse algunos años más tarde, que dejaran los juegos para los fines de semana y las vacaciones. No hacían apenas caso y esta actitud se veía reflejada en sus notas. No obstante, Saúl atendía en casi todas las clases y se aplicaba un poco en su casa, quizás como herencia de la lucha de sus padres y de sus queridos abuelos.